

La Cenicienta con un dedo afuera

Cómo trabajando lo obvio se llega a saberes más expertos.

Mariana Laura Caputo

Muchas veces como docente he pedido a mis alumnos, como algo obvio, que realicen clasificaciones gramaticales. ¿Estaba segura de que los chicos entendían lo que les estaba pidiendo? ¿Estaba segura de que los chicos tenían afianzado el concepto de sustantivo, adjetivo y verbo?

En reiteradas oportunidades, a la hora de corregir esas clasificaciones, yo misma dudo sobre cuáles son los criterios que los chicos eligen para realizarlas. A pesar de ello, esto es uno de los contenidos que suelen aparecer con mayor frecuencia en las evaluaciones escolares. Entonces surgen más preguntas: ¿Qué es lo que quiero evaluar?, ¿la razonabilidad de mis alumnos?, ¿o sólo lo tomo como una actividad más que tiene por objeto un conocimiento estereotipado y ritual que lleva a un conocimiento frágil y sumamente pobre?

Desde aquí es donde comienzo a replantearme algunas formas de enseñar: “de cómo trabajando lo obvio se llega a un saber más experto”.

Esta experiencia que pasaré a relatar fue llevada a cabo en un tercer año del primer ciclo de EGB de una escuela privada de la localidad de Banfield, provincia de Buenos Aires. Para iniciar la secuencia didáctica, comencé pidiendo a los chicos que clasifiquen las palabras que estaban subrayadas en el siguiente texto con la consigna de **“clasificar y agrupar las palabras de tal manera que coincidan entre ellas”**. Si bien les aclaré que no podían hacerlo agrupando las palabras que poseían la misma letra inicial o la misma cantidad de letras, pese a ello, fueron los primeros criterios que los chicos utilizaron.

La Cenicienta

Si mal no recuerdo
la Cenicienta era muy agraciada
pero abandonada...
no cuidaba su ropa,
nunca la planchaba,
y cuentan que cuando
perdió su zapato
no regreso a recogerlo
para que el príncipe no viera
que su media estaba rota
Y tenía un dedo afuera.

Pipo Pescador

Una de las cuestiones que me sorprendió fue el hecho de que, a pesar de que estos chicos ya habían trabajado el año anterior la clasificación de palabras, la misma no fuera puesta en práctica en esta actividad. Por su parte, los chicos clasificaron utilizando las siguientes "etiquetas" (Cuando hablo de "etiquetas" me refiero a las categorías que los alumnos generaron para autorregular la información después de la lectura):

<u>personajes</u>	<u>Ropa</u>	<u>Cosas</u>	<u>Castillo</u>	<u>Que hacia</u>	<u>Cómo estaba</u>
Cenicienta	Medias	Cuentan	Príncipe	Perdía	Abandonada
Príncipe	Zapatos	Perdió		Planchaba	Agraciada
		Agraciada			
		Planchaba			
		Estaba			
		Rota			
<u>Cuerpo</u>					
Dedo - Viera					

Como muchos chicos habían puesto las mismas palabras en etiquetas diferentes, entonces, en ese momento, mi intervención apuntaba a indagar cuál era la razón por la que habían pensado en esas etiquetas y no en otras y si creían que alguna podía suprimirse o reemplazarse. No agregaron ni sacaron ninguna, entonces volví a preguntar:

-¿Cuál es la etiqueta más ajustada para poner la palabra "Cenicienta" y la palabra "príncipe"?

Algunos contestaron que la más ajustada era "*persona, personaje y nombre*". Para otros, la más ajustada era "castillo" porque "el príncipe vive en el castillo y a Cenicienta se le rompe la media en el castillo". Justificaciones similares surgieron cuando les pregunté por la palabra "viera". Ellos no la tomaron como una acción, sino como una parte del cuerpo, "ya que se ve con los ojos".

En las actividades sucesivas, las etiquetas fueron cambiando porque los textos eran otros, y esto fue trayendo la necesidad en los alumnos de crear categorías más generales. De esta manera, las categorías que quedaron fueron: "cosas", "objetos", "animales", "qué es", "cómo está", "qué hace". Continué con la misma línea de trabajo respetando el ritmo de los chicos y llegando finalmente a construir junto con ellos la conceptualización de sustantivo, adjetivo y verbo.

De este modo, creo que los chicos pudieron entender - y yo también- qué es lo que hacemos cuando "clasificamos palabras" y cuáles son los criterios que utilizamos para hacerlo. Terminada la secuencia, pude sentir que mis alumnos avanzaron hacia saberes más expertos, aquellos que se pueden comprender, internalizar y transferir con sentido a situaciones nuevas.

Como profesional de la educación, los invito a que se atrevan a poner en duda aquellos conocimientos y saberes que creemos acabados o cerrados. De este modo, creo que lograremos hacer que nuestra tarea docente sea más comprometida, sin miedo a cuestionarla positivamente.